

las claraboyas. Sólo por la mañana un criado aparecía por allí para ganarse un tostón, dando una vuelta perezosa con un plumero en la mano. Carlos no tenía realmente tiempo de cuidar del laboratorio y dejaba á Dios durante unas semanas más el privilegio exclusivo de saber el secreto de las cosas, como decía riendo á su abuelo. A primera hora de la mañana iba á tirar al florete; después visitaba algunos enfermos del barrio donde se esparciera la noticia de la curación milagrosa de Marcelina, y de las botellas de Burdeos que le enviara Alfonso. Empezaba á ser conocido como médico. Tenía visitas en el consultorio—por regla general antiguos compañeros de estudios que sabiéndole rico no le pagaban y que entraban allí mohinos y con mala cara contándole la historia mal disfrazada de ternuras funestas. Salvó de un ataque de difteria el hijo de un brasileño, y así ganó su primera libra, la primera que por su trabajo ganara un hombre de su familia. El doctor Barbedo le invitó á asistir á una operación de ovariectomía. En fin, (y hay que decir que esta consagración no la esperaba Carlos tan pronto) algunos de sus colegas buenos, que viéndole guiar sus briosos caballos, hablaban del "talento de Maia", ahora, indignados por esas migajas de clientela, decían que "Maia era un asno". Carlos hablaba ya en serio de su carrera. Escribió, con gran esmero, dos artículos para la *Gaceta Médica*, y pensaba escribir un libro de ideas generales, que se llamaría *Medicina Antigua y Moderna*. Pero continuaba cuidando también de su lujo, de sus caballos, de su bric-á-brac. Además de todo ello, en virtud de su espíritu versátil, que hacía que ante el caso de un enfermo grave no pudiera dejar de volver la cabeza si oía hablar de una estatua ó de un poeta, atraíale con fuerza la antigua idea de Ega de fundar una

Revista que dirigiese el gusto, pesara en la política, fuese la fuerza pensante de Lisboa...

Pero era inútil hablar de ello á Ega. Se fijaba vagamente y respondía:

—Ah, la Revista... Sí, hay que pensar en ello... Ya hablaremos...

Pero no iba á Ramillete ni al consultorio. Sólo alguna vez se veían en San Carlos, donde Ega se refugiaba en el fondo del palco de Carlos, detrás de Taveira ó de Cruges, desde donde pudiera lanzar una ojeada á Raquel de Cohen—y allí permanecía con la cabeza apoyada en el tabique, silencioso, descansando y como saturado de felicidad...

Afirmaba que no le quedaba una hora libre, que buscaba casa, que compraba muebles... Pero era fácil encontrarle en Chiado ó en Loreto paseando y exhibiéndose ó en el fondo de un simón fementido, corriendo á medio galope como si fuese en busca de aventuras.

Su dandysmo crecía. Ostentaba con la desfachatez de un Brummel, frac de botones amarillos sobre un chaleco de raso blanco; y Carlos entrando una mañana temprano en el *Universal*, se le encontró pálido de cólera, diciendo despropósitos á un criado á causa de unos zapatos mal lustrados. Sus compañeros constantes eran ahora un Dámaso Salcede, amigo de Cohen y un primo de Raquel Cohen, mozo imberbe, de mirada viva y dura, que ya parecía dispuesto á prestar al treinta por ciento.

Entre los amigos, en Ramillete y singularmente en el palco, se hablaba de Raquel y no estaban acordes las opiniones. Taveira, sonriendo la hallaba "deliciosa"; el marqués la parecía apetitosa, por una vez, aquella carnecita *faisandée* de mujer de treinta años: Cruges se mofaba de ella. En la sección de

*High-life* de los diarios, se la citaba como "una de nuestras primeras elegantes"; y toda Lisboa conocía su carretela azul con caballos negros. Era alta, pálida, de salud delicada, con los ojos tristes y una infinita languidez en toda su persona, de aspecto novelesco y de lirio á medio mustiar: su mayor belleza consistía en su mata de pelo, negrísima, espesa, que dejaba casi suelta sobre los hombros, con desaliño de desnudez. Había leído mucho y hacía frases. Su sonrisa constante, cansada y sin expresión, le daba un aspecto adocenado. El pobre Ega la adoraba.

La conoció en una reunión de Foz; se atrevió á llamarla *camelia suave*; pocos días después ya adoraba al marido, y ahora el demagogo que pedía la ejecución en masa de las clases medias, sollozaba muchas veces á causa de ella, echado de bruces en la cama.

En Lisboa entre el Gremio y la *Casa Havaneza*, ya se hablaba de la "pasioncita de Ega", por más que éste procuraba poner su amor al abrigo de toda sospecha. En las precauciones que tomaba había tanta sinceridad como gusto de misterio romántico, y buscaba los sitios más retirados, extramuros, para recibir de manos de su criada, las cartas que Raquel le enviaba. Pero en todos sus actos y afectaciones se transparentaba la inmensa vanidad de aquel adulterio elegante. Ya comprendía que sus amigos habían adivinado su gloriosa aventura y quizá por eso nunca había pronunciado el nombre de su dama delante de ellos, ni aun en presencia de Carlos.

Una noche, sin embargo, acompañando á Carlos hasta la puerta de Ramillete, noche de luna serena y blanca, Ega, invadido, á no dudarlo, por una oleada de interna pasión, lanzó un hondo suspiro, alar-

gó los brazos y declamó mirando el astro, con voz temblorosa:

¡Oh! laisse-toi donc aimer, ¡oh! l'amour c'est la vie!

Se le escaparon de los labios estas palabras como un principio de confesión. Carlos nada dijo y soltó una bocanada de humo.

Ega comprendió sin duda que caía en ridículo y trató de achacar su exclamación á puros recuerdos literarios.

—Digan lo que quieran, chico, el viejo Hugo no pasa de moda...

Carlos recordaba para su capote furores naturalistas de Ega, que en otro tiempo, llamaba á Víctor Hugo, "costal de espiritualismo", "fantasmón sombrío", "abuelito lírico", y otros dicterios peores.

Pero aquella noche el gran fraseador añadió:

—¡Ah! ¡El viejo Hugo es el campeón de las verdades eternas!... Es necesario su poquito de ideal ¡qué diantre!... Sin contar con que lo ideal puede ser real...

Y entonando esta palinodia turbaba el silencio de los Aterros.

Pocos días después Carlos estaba en su consultorio y acababa de despedir á un dispéptico recaltrante, cuando apareció Ega de frac azul, guantes perla y un rollo de papeles en la mano.

—¿Tienes trabajo, doctor?

—No, iba á salir, Juanillo.

—Bueno. Vengo á leerte unas cuartillas... Un fragmento de *Atomo*. Siéntate y oye.

Inmediatamente se acomodó lo mejor que supo, desplegó el papel y Carlos que se había sentado en el borde del diván con cara de espanto y las manos en las rodillas, hallóse transportado, casi sin transi-

ción de los rugidos del vientre del dispéptico á los rumores de un populacho, que alborotaba en el barrio judío de la vieja ciudad de Heildelberg.

— ¡Aguarda, hombre! — exclamó — déjame respirar... Esto no es el principio del libro; no es el caos...

Ega descansó, se desabrochó el frac, respiró también.

— No, no es el primer episodio... No es el caos... Estamos ya en el siglo xv... Me convenía escribir este episodio... Se titula *La Hebrea*.

¡Raquel! pensó Carlos.

Ega se arregló la corbata, volvió á leer, marcando las palabras para darles vida, soltando chorros de voz al final de los periodos. Después de la sombría pintura de un barrio medieval de Heildelberg, el famoso Atomo, el *Atomo de Ega*, aparecía alojado en el corazón del espléndido príncipe Frank, poeta, caballero y bastardo del emperador Maximiliano. Y su corazón de héroe palpitaba por la judía Esther, perla maravillosa de Oriente, hija del viejo rabino Salomón, un gran doctor de la Ley, perseguido por el odio teológico del general de los Dominicanos.

Esto lo contaba el Atomo en un monólogo, tan recamado de imágenes como un manto de la Virgen está recamado de oro, y que era una declaración de él, Ega, á la mujer de Cohen. Después, abríase un intermedio panteista: rompían coros de flores, coros de astros, cantando en el lenguaje de la luz, en la elocuencia de los perfumes, la belleza, la gracia, la pureza, el alma celeste de Esther y de Raquel... Por fin llegaba el negro drama de la persecución, la fuga de la familia hebrea á través de los bosques pavorosos, de tristes aldeas feudales; la aparición, en una encrucijada, del príncipe Frank que iba á defender, lanza en ristre, á Esther; el tropel de la

turba fanática que quería quemar al rabino y los libros heréticos; la batalla; el príncipe atravesado por la azcona de un *reit*, yendo á morir sobre el pecho de Esther, que muere con él en un beso. Todo esto se precipitaba como un sonoro y tumultuoso sollozo, en estilo moderno, hinchando la expresión, con abundancia de adjetivos...

Y al final el *Atomo* exclamaba con la vasta solemnidad de un tubo de órgano: "Así se destrozó, paró aquel corazón de héroe en que yo habitaba, y evaporado el principio de vida, yo, libre ahora, remonté á los astros, llevando conmigo la esencia pura de ese amor inmortal."

— ¿Qué dices?... — dijo Ega, entusiasmado, casi trémulo.

Carlos sólo pudo contestar:

— Es ardiente.

Después elogió en serio muchos lances, el coro de las florestas, la lectura del *Ecclesiastés*, de noche, entre las ruinas de la corte de Othón, ciertas imágenes de gran vuelo lírico.

Ega que, como de costumbre, tenía prisa, arrolló el manuscrito, se abrochó el gabán, y dijo tomando el sombrero:

— ¿Te parece presentable?

— ¿Lo vas á publicar?

— No, pero en fin... — y se largó poniéndose colorado.

Carlos comprendió el motivo de aquella lectura algunos dias después, al ver en un periódico la descripción de "la lectura efectuada en casa del Excelente señor don Jacob Cohen, por nuestro amigo Juan de Ega, de uno de los más brillantes capítulos de su libro *Memorias de un Atomo*. El periodista añadía: "Es una pintura de los padecimientos que sufrieron, en los tiempos de intolerancia reli-

giosa, los que seguían la Ley de Israel. ¡Qué poder de imaginación! ¡Qué brillantez de estilo! El efecto fué extraordinario, y cuando nuestro amigo terminó la lectura con la muerte del protagonista, vimos lágrimas en todos los ojos de la numerosa y estimada colonia hebrea!.

¡Oh furor de Ega! Entró aquella tarde en el consultorio pálido, desorientado...

—¡Qué bestias! ¡Qué gansos son esos periodistas! ¡Lágrimas en todos los ojos de la numerosa y estimable colonia hebrea! Esto me cubre de ridículo... ¡Después la brillantez de estilo! ¡Qué burros! ¡Qué idiotas!

Carlos, que cortaba las hojas de un libro, le consoló. Aquel era el modo nacional de tratar de obras de arte... No valía la pena de chillar...

—Créeme que me dan ganas de romper la crisma á ese estúpido!

—Y, ¿por qué no lo haces?

—Es un amigo de los Cohen.

Y se paseó por el gabinete mascullando improperios contra la prensa. Al cabo, indignado de la indiferencia de Carlos:

—¿Qué demonios lees? *Nature parasitaire des accidents de l'impaludisme...* ¡Qué guasa, la medicina! Dime una cosa. ¿Qué será una comezón que siento en los brazos cuando me voy á dormir?...

—Pulgas, bichos, gusanos...—murmuró Carlos sin levantar la vista del libro.

—¡Animal!—exclamó Ega, cogiendo el sombrero.

—¿Ya te vas, Juan?

—Sí, tengo que hacer.

Y desde la puerta, amenazando el cielo con el paraguas, casi llorando de rabia:

—¡Esos burros de periodistas! ¡Son la hez de la sociedad!

Al cabo de diez minutos volvió á entrar brusca-mente y ya en tono diferente, como si se tratara de un caso serio.

—Oye. Me había olvidado. ¿Quieres ser presentado á los Gouvarinhos?

—No tengo interés especial en ello,—contestó al cabo de un momento Carlos;—pero tampoco tengo especial repugnancia.

—Bien. Ellos desean conocerte; sobre todo la condesa tiene empeño... Es gente discreta, instruida... Bueno; quedamos en ello... El miércoles voy á buscarte á Ramillete y nos vamos á *gouvarinhar...*

Carlos quedó pensando en lo que le dijera Ega; en el modo como acentuara la palabra *empeño* de la condesa. Recordó entonces que era íntima de la Cohen, y últimamente en San Carlos, de palco á palco, sorprendió ciertas ojeadas que le dirigía... Según decía Taveira, "le miraba de un modo...", Carlos la encontraba apetitosa con su pelo crespo y rojo, la naricita remangada y los ojos oscuros muy brillantes, muy expresivos. Estaba admirablemente formada y tenía la piel muy blanca, fina y aterciopelada.

Después de aquella triste jornada de lluvia, decidió pasar una buena noche de trabajo, junto á la chimenea. Pero después de tomar café, parecióle que los ojos de la Gouvarinho, le miraban fascinándole, colocándose entre él y su noche de estudio, filtrando en sus venas juvenil ardor... ¡Todo culpa de Ega, del Mefistófeles de Celorico!

Vistióse; fué á San Carlos. Al sentarse en el palco, preparado, de chaleco blanco y una perla negra en la pechera, en lugar de los cabellos crespos y rojos, vió la carita de un negro, de un negro de doce años, belfudo, con ancho cuello blanco sobre una chaque-

tilla de botones dorados, y al lado otro negrito, menor aun, con igual uniforme de colegio. Ambos revolvían de un lado para otro los ojos admirados. La persona que les acompañaba, oculta en el fondo del palco, parecía atacada de un catarro pertinaz.

Se representaba *Lucía*, con segundas partes. No acudieron los Cohen, ni Ega. Muchos palcos estaban vacíos ostentando la tristeza de un sobado papel rojo.

La noche lluviosa parecía penetrar hasta allí con su vaho de humedad. En la platea, casi vacía, estaba sentada una mujer vestida de raso claro.

Edgardo y *Lucía* desafinaban, el gas dormía y los arcos de los violines parecían también adormecerse sobre las cuerdas.

— Esto está lúgubre—dijo Carlos al amigo Cruges que ocupaba el fondo del palco.

Cruges amodorrado en un acceso de *spleen*, hundido en su silla, contestó como del fondo de un sepulcro:

— Aburrido.

Por pereza se quedó Carlos. Y poco á poco aquel negrito, del cual no se apartaban sus ojos, entronizado en la silla de reps verde de la *Gouvarinho*, con la manga de la chaqueta puesta en el sitio en que acostumbraba á estar la blancura de un lindo brazo, llevó su imaginación hacia la persona de la condesa; recordó las *toilettes* que llevara, y nunca le parecieron tan bonitos, como ahora que no los veía, sus cabellos rubios, de color de arena á la luz, como quemados por un interior incendio. El crespo pelo del negro, en vez de raya ostentaba un ancho surco abierto á tijera en la masa de lana espesa. ¿Quiénes serían y por qué estaban allí aquellos africanos de chato perfil?

—¿No te has fijado en esta pelambrera, Cruges?

El otro, que no abandonara su postura de estatua tumular, gruñó desde la sombra un sordo monosílabo.

Carlos respetó sus nervios.

De pronto al áspero desafinar de un coro, Cruges dió un salto.

— Esto se llama burlarse... ¡Qué empresa!—rugió poniéndose con furia el gabán.

Carlos le llevó en el coche hasta la calle de las Flores, donde vivía con su madre y una hermana, y hasta Ramillete no cesó de deplorar su velada de estudio perdida.

El criado de Carlos, Bautista (familiarmente *Tista*) le esperaba leyendo el periódico en la antecámara, tapizada de terciopelo color de cereza, iluminada por dos altos candelabros colocados sobre columnas de roble.

Carlos tenía este criado desde que cumplió once años, que fué con Brown á Santa Olavia, después de servir en la legación inglesa de Lisboa y de haber estado varias veces en Londres. En Coimbra, en Paços de Cellas fué donde Bautista empezó á ser un personaje: Alfonso se carteaba con él desde Santa Olavia. Después viajó con Carlos; se marearon en los mismos vapores, compartieron los *sandwiches* de las estaciones; Tista se convirtió en confidente. Ahora era hombre de unos cincuenta años, robusto, ágil, con un collar de barba á lo *yankee* y muy *gentleman*. En la calle, con su sobretodo, sus guantes amarillos, su bastón de caña de Indias, parecía un alto funcionario. Pero se conservaba tan despierto y ágil como cuando en Lisboa aprendiera á valsar y *boxear*, ó como cuando, más tarde, en las vacaciones de Coimbra, acompañaba á Carlos á Lamego y le ayudaba á saltar la pared del jardín del delegado

de Hacienda... aquel que tenía una esposa tan regordeta.

Carlos sacó un libro de su gabinete de estudio, entró en su cuarto y se tendió, cansado, en una poltrona.

—¿Qué trae hoy el *Diario de la Noche*?—preguntó bostezando á Bautista, mientras éste le descalzaba.

—Lo he leído por entero y no hay nada saliente. En Francia continúan tranquilos... Pero no se puede saber nada porque estos periódicos portugueses equivocan todos los nombres extranjeros.

—Son unos estúpidos. Hoy el señor Ega estaba furioso contra ellos...

Después, cuando Bautista preparaba con esmero un *grog* caliente, Carlos, ya acostado, abrigado, abrió perezosamente el libro, volvió un par de hojas, cerrólo, tomó un cigarrillo y quedó fumando con los párpados cerrados, en beatitud inmensa. A través de las pesadas cortinas sentíase el sudoeste que movía los árboles y la lluvia que azotaba los cristales.

—¿Conoces á los condes de Gouvarinho, Tista?

—Conozco á Pimenta, señor, que es el ayuda de cámara del señor conde... También sirve á la mesa...

—Y, ¿qué dice ese Tormenta?

—Pimenta, señor; Manuel se llama Pimenta. El señor Gonvarinho le llama Román, porque tenía otro criado que era Román. Esto no está bien, porque cada cual tiene su nombre. Manuel se llama Pimenta. No está contento...

Y Bautista, después de colocar la bandeja con el *grog*, la azucarera y los cigarrillos sobre el velador, transmitió las revelaciones de Pimenta. El conde de Gouvarinho, además de ser muy cicatero y

desconfiado, no tenía nada de caballero: dió un traje de cheviot claro á Romeo (Pimenta), pero tan lleno de manchas de tinta, que Pimenta tuvo que rechazarlo. El conde y la señora no se llevaban bien; un día en la mesa se pelearon de tal modo, que ella cogió la copa y el plato y los estrelló en el suelo. Y cualquiera hubiese hecho lo mismo, porque el conde, cuando se ponía pesado, era inaguantable. Las riñas eran siempre por cuestión de dinero. El viejo Tompson estaba harto de aflojar la mosca...

—¿Quién es ese viejo Tompson, que ahora aparece, á esta hora de la noche?—preguntó Carlos, interesado á pesar suyo.

—Es el padre de la señora condesa. La señora condesa era una miss Tompson, de los Tompson de Oporto. El señor Tompson últimamente no ha querido prestar ni un real más á su yerno, y éste, furioso, dijo un día á la señora condesa que ella y su padre debieran recordar que eran comerciantes y que él la había convertido en una condesa. Y la señora condesa, con perdón de Vuestra Excelencia, envió allí mismo el condado á paseo... Estas cosas no las puede soportar Pimenta.

Carlos bebió un sorbo de *grog*. Escarabajeábale una pregunta, pero vacilaba. Después reflexionó sobre la puerilidad de tan rígidos escrúpulos, tratándose de gentes que en la mesa, delante del criado, rompían la vajilla y enviaban á paseo los títulos de sus antepasados. Preguntó:

—Y, ¿qué dice el señor Pimenta de la señora condesa, Bautista? ¿Se divierte?

—Creo que no, señor. Pero la camarera de confianza, una escocesa, es muy corrida. No está bien que la señora condesa tenga tanta intimidad con ella...

Reinó un corto silencio; la lluvia cantó más fuerte en los cristales.

—Vamos á otra cosa, Bautista. ¿Cuánto tiempo hace que no he escrito á la señora de Runghel?

Bautista sacó un librito de memorias, se acercó á la luz y leyó estas notas:—“Día 1.º de Enero, felicitación á madame Runghel.—Día 3, telegrama de madame Runghel, felicitando también el año nuevo y anunciando que va á Hamburgo.—Día 15, carta dirigida á madame Runghel, *William-Strasse, Hamburgo, Allemagne*. Después nada más. De modo que hacía cinco semanas que el señorito no escribía á madame Runghel...

—Es preciso escribir mañana—dijo Carlos.

Bautista tomó una nota.

Después de dar una chupada al cigarrillo, Carlos preguntó de pronto:

—¿Verdad que era muy bonita madame Runghel, Bautista? ¡Es la mujer más guapa que has visto en tu vida!

El antiguo criado contestó con gran suficiencia:

—Madame Runghel era ciertamente guapa; pero la mujer más linda que he visto, si no le duele al señorito, era aquella señora del coronel de húsares que venía al cuarto del hotel de Viena.

Carlos dejó la colilla en la bandeja y sepultándose entre la ropa, invadido por una oleada de alegres recuerdos, exclamó en el tono enfático que á veces usaba en Paços de Cellas.

—¡El señor Bautista no tiene gusto! ¡Madame Runghel era una ninfa de Rubens, señor! ¡Madame Runghel tenía el esplendor de una diosa del Renacimiento, señor! ¡Madame Runghel debiera haber dormido en el lecho imperial de Carlos V... Retírese, señor!

Bautista arregló la colcha y se retiró contento,

llevándose el candelabro. Carlos no dormía y no pensaba en la coronela ni en la holandesa. La cara que aparecía entre las cortinas, vagamente alumbrada por un reflejo de sus cabellos rojos, era la Gouvarinho, la Gouvarinho, que no tenía el esplendor de una diosa ni era la mujer más linda según Bautista; pero que con su nariz petulante y su boca grande parecía mejor que las demás á Carlos, sin duda porque aquella noche la esperara en vano.

El miércoles no compareció Ega para ir á *gouvarinhar*. Carlos fué el que, algunos días después, entrando como por casualidad en el *Universal*, dijo á Ega:

—¿Cuándo nos *gouvarinhamos*?

Aquella noche, en San Carlos, en un entreacto, Ega presentó á María al conde. Este, muy amable, recordó que más de una vez tuvo el gusto de pasar por Santa Olavia yendo á visitar á sus antiguos amigos los Tedins, en Entre-Rios. Hablaron del Duero, de Beira, comparando paisajes y comarcas. Para el conde no había en Portugal cosa comparable á los campos de Mondego; allí nació y se crió; y habló unos instantes de Formozelha, donde tenía casa, donde vivía, retirada y enfermiza, su madre, la condesa viuda.

Ega, que afectaba beber las palabras del conde, empezó entonces una controversia, como si se tratara de un dogma de fe, acerca de la superior belleza del Miño, “el paraíso idílico”. Sonreía el conde y dando golpecitos en el hombro de Ega, dijo á Carlos que aquello eran rivalidades provincianas.—Emulación fecunda—añadió.

—Vean sino la rivalidad entre Lisboa y Oporto. Es un verdadero dualismo como el que existe entre Austria y Hungría... Todos la deploran. Pues si yo fuese gobierno la fomentaría. ¡En la lucha de las dos

grandes ciudades del reino muchos ven mezquinos despechos y celos; yo veo elementos de progreso, veo civilización!

Decía estas cosas como desde lo alto de un pedestal, muy por encima de los hombres, dejando caer los tesoros de su intelecto y á guisa de dones inestimables. Su acento era rotundo, brillaban los cristales de sus lentes de oro y en el bigote afilado, en la corta perilla había algo doctoral y casquivano á un tiempo.

Carlos decía: "Tiene V. E. razón, señor conde.,". Ega decía: "Usted ve estas cosas desde muy alto, Gouvarinho.,". El había cruzado las manos por debajo de los faldones del frac, y los tres estaban muy serios.

Después el conde abrió la puerta del palco; Ega desapareció. Al cabo de un instante, Carlos, presentado á la condesa como "vecino de palco.,", recibía de ella un *shake-hands*, que hizo tintinear una infinidad de aros de plata y de *blangles* indios sobre su guante de doce botones.

La señora condesa, un tanto colorada, ligeramente nerviosa, recordó á Carlos que el verano pasado le vió en París, en el salón del Café Inglés; por cierto que aquella noche el duque de Grammont, con dos botellas vacías delante, despotricaba mil picardías contra Gambetta, sin hacer caso de un concurrente que protestaba. El conde se pasó la mano por la cabeza de una manera casi angustiada; ¡no recordaba nada de aquello! Se quejó amargamente de su falta de memoria. ¡Es una cosa tan indispensable para un hombre público! No tenía ni pizca. Se leyó los veinte volúmenes de la *Historia Universal de César Cantú*; los leyó con atención, encerrado en su despacho, fijándose. Como si no. Se le olvidó todo; no sabía historia.

—¿Tiene V. E. buena memoria, señor Maia?

—Regular.

—¡Cuánto se la envidio!

La condesa miraba hacia la platea, contrariada, como si aquellas puerilidades de su marido la rebajasen. Carlos habló entonces de la ópera. ¡Qué buen escudero hugonote resultaba Pandolli! A la condesa la aburría el tenor Corcelli, soltando notas ásperas, y obeso hasta el punto de parecer *bufo*.—¿Dónde hallar tenores?—preguntaba Carlos. Se había agotado la raza de los Marios, hombres apuestos, inspirados, que encarnaban los grandes tipos líricos. Nicolini era ya una degeneración. Esto hizo recordar á la Patti. A la condesa le encantaba su gracia de hada, su voz parecida á una lluvia de oro.

Brillábanle los ojos, decían mil cosas, á veces su pelo tomaba reflejos de oro rojo y emanaba de todo su cuerpo un perfume exagerado de violeta. Vestía de negro, con blondas negras á lo Valois que le apretaban el cuello, de donde emergían dos rosas escarlata. Su aspecto tenía algo como de provocación y de ataque. De pie, callado, el conde golpeaba el muslo con el clac cerrado.

Empezó el cuarto acto. Carlos se levantó y sus ojos vieron enfrente á Ega y á la Cohen que le miraban con atención y sonriendo.

—Recibimos los miércoles—dijo la condesa á Carlos—y el resto de la frase se perdió en un murmullo y en una sonrisa.

El conde le acompañó hasta el corredor.

—Siempre es una honra para mí—decía andando al lado de Carlos—trabar conocimiento con las personas que valen algo en este país... Usted es de este número, harto corto por desgracia.

Carlos protestó, risueño.

Y el otro con su acento campanudo:

—No le lisonjeo... No lisonjeo nunca... pero á usted se le puede decir estas cosas porque pertenece á la *élite*. La desgracia de Portugal es la falta de gente. Es un país sin personal. ¿Se quiere un obispo? No hay obispo. ¿Se quiere un economista? No hay economista. Todo así. Vea sino hasta en las profesiones subalternas. ¿Se quiere un buen tejedor? No hay buen tejedor...

Un coro de instrumentos y voces, en tono sublime, pasando por la puerta del palco, entreabierta, cortó las últimas palabras referentes á la deficiencia de los fotógrafos. Escuchó el conde.

—Es el coro de los *puñales*, ¿verdad? Voy á oírlo. Me gusta mucho. En esta mímica hay *filosofía*... Es lástima que recuerde tan vivamente los tiempos de intolerancia religiosa; pero á no dudarlo hay mucha filosofía en esta ópera.

## VI

Carlos fué á visitar aquella mañana, por sorpresa, la famosa "Villa Balzac," de Ega, que desde que llegara á Lisboa había ido arreglando y disponiendo y en la que por fin se había instalado.

Ega le dió aquel nombre literario por igual motivo que la buscó en un barrio apartado, en la Peña de Francia, á fin de que el silencio campestre, los aires limpios, todo fuera allí favorable al estudio, á las horas de arte y de ideal. ¡Porque se había encerrado allí, como en un claustro literario para terminar las *Memorias de un Atomo!* Sólo que, á causa de la distancia, había alquilado un coche por meses.

Costóle á Carlos dar con "Villa Balzac." No era, como dijo Ega en Ramillete, un *chalet* retirado, fresco, sombreado, sonriente entre árboles. Se pasaba primero la Cruz de los Cuatro Caminos, después se entraba en una avenida bordeada de quintas, que bajaba por la ladera de la colina, y al cabo se advertía una casucha de sucias paredes, con dos escalones de piedra delante del portal y con transparentes nuevos de un rojo chillón.

Pero aquella mañana no hubo medio humano de penetrar en "Villa Balzac." En vano Carlos llamó